

ARZOBISPO
Braulio Rodríguez Plaza

Pregón

SEMANA SANTA 2005

Pregón de Semana Santa

12 de marzo de 2005

El segundo libro de Samuel nos narra un episodio de la azarosa vida del rey David. Está su vida atravesando un momento delicado, puesto que su hijo Absalón se ha rebelado contra él, y el rey ha tenido que huir de Jerusalén y refugiarse con su familia en un lugar apartado, mientras que sus tropas fieles luchan contra las de su hijo. Estando sentado David esperando noticias, el centinela, desde un mirador de las murallas, ve a un hombre que venía corriendo solo. Avisa el centinela al rey y David comentó: «*Si viene solo, trae buenas noticias*». (cf. 2S 18,24-26).

Sr. Alcalde, estimadas autoridades, señor presidente de la Junta de Semana Santa, presidentes y miembros de nuestras Cofradías, Sr. Deán, fieles y amigos de Valladolid, ¿qué noticias traigo yo en esta tarde-noche a cuantos se han reunido en nuestra Catedral para escuchar un pregón? ¿Serán noticias buenas o noticias malas? Dios siempre tiene designios de paz y no de aflicción. Todos ustedes, además, han llegado hasta aquí precisamente a escuchar un Pregón.

Y un pregón es un discurso elogioso en que se anuncia al público la celebración de una festividad y se incita a ese público a participar en dicha festividad. Es más, un pregón se dice en voz alta porque conviene que todos lo sepan. Ciertamente se pregona una festividad, que es a la que se invita a participar; por eso lo pregonado es más importante que el pregón mismo: la Semana Santa y, dentro de ella, el Triduo Pascual de la pasión, muerte, sepultura y resurrección de nuestro Salvador Jesucristo es lo

imagen de Cristo o de su Madre se estremecían y se sentían cerca de Ella y de su Hijo. En otro periodo de mi vida sacerdotal volví a centrar mi atención mucho más en las expresivas celebraciones de la Semana Santa y menos en las procesiones, sencillamente porque en las parroquias en las que serví no existían. Pero en esa época también tuve ocasión de vivir por dos veces, y como una gracia inmensa de Dios, la Semana Santa nada menos que en Jerusalén, es decir, *in situ*, en los lugares donde ésta sucedió.

Nunca podré olvidar aquellas vivencias en la ciudad santa: poder ir hasta Betfagé el Domingo de Ramos y entrar en Jerusalén con palmas y ramas de Olivo mezclado con los cristianos árabes; poder bajar hasta Getsemaní el Jueves Santo y orar arrodillado bajo un olivo con la luna llena o a punto de entrar en esa fase; subir en esa noche, atravesando el torrente Cedrón, para llegar hasta donde más o menos estaría la casa de Anás y Caifás o el Sanhedrín donde fue condenado; recorrer las callejuelas de Jerusalén haciendo el Vía Crucis por la ciudad hasta el Gólgota; poder besar el lugar donde pusieron la Cruz o entrar en el Santo Sepulcro, el lugar de la Santa Resurrección de Cristo y venerarlo: toda una experiencia inigualable, sencilla y honda, quizá como la de tantos y tantos peregrinos a lo largo de los siglos, como la de la peregrina Egeria que en el siglo IV visitó Tierra Santa y nos contó lo que vivió. Yo no cambio esos años de mi vida por nada, porque, aunque la experiencia de la pasión y resurrección de Jesucristo pueda ocurrir en cualquier parte del mundo, la tierra de Jesús proporciona un "plus" que ninguna otra tierra puede dar.

Así que, cuando vivo, como es posible hacerlo en Valladolid, momentos, escenas, representaciones que me traen a la memoria ese amor de nuestro Señor Jesucristo, en su pasión, muerte y resurrección, lo agradezco profundamente y quiero vivirlos con pasión. Me parecería un despropósito despreciar, por tanto, nuestras procesiones de Semana Santa sin penetrar en su entraña; también me lo parecería creer que Semana Santa son únicamente sus procesiones, porque atraen a más gente. Cada vez más veo el valor que tiene pasar de las celebraciones litúrgicas de la Semana Santa a nuestros hermosos desfiles procesionales, como su continuación y con un valor religioso indudable. A ello se une la fuerza que tiene la procesión, ese caminar juntos que tiene fuerza en sí mismo y no únicamente como fin de llegar a una meta.

pequeño, que superase la infancia, que llegase a la edad de hombre maduro y viviera en ella hasta la muerte: todo esto preparaba su resurrección... Si ignoran que nació de una Virgen, sus enemigos, como sus amigos, creen que Cristo nació hombre; sus enemigos, como sus amigos, creen que Cristo fue crucificado y que murió. Pero sólo sus amigos creen en la resurrección. ¿Por qué? El Señor, Cristo, sólo quiso nacer y morir en la perspectiva de su resurrección, y es en ésta donde ha definido nuestra fe».

Algunos pueden pensar que esto de la Resurrección es un mito o un fanatismo; ivamos, que nos ha dado por eso a los cristianos! No hay tal, sino que creemos apoyándonos en pruebas concretas que ayudan a nuestra fe. Por esta razón, la Resurrección de Jesús hizo que los sucesos de los últimos días del Nazareno pudieran ser "conmemorados", es decir, pudieran de nuevo suceder, pues Cristo está ahora entre el tiempo y la eternidad y nos ha dado participación en su vida gloriosa por su Cuerpo resucitado. De modo que los cristianos muy pronto se dieron cuenta de que con los acontecimientos de la Semana Santa sucedía como con la cena de Pascua judía: sí, el Señor había sacado a sus padres de la esclavitud de Egipto, pero ellos también eran de nuevo liberados en esa noche de todo tipo de esclavitud.

La conmemoración nos compromete mucho, pues somos nosotros ahora los que asistimos de alguna manera a ese drama de Jesús y no como meros espectadores, como si de una representación teatral se tratara. Por eso la Semana Santa es nueva cada año; por eso mismo, nuestras procesiones son una estupenda prolongación en calles y plazas de lo vivido en el templo; desconectados ambos elementos, no vividos como conmemoración, estaríamos ante algo vacío de contenido, que se mantendría por inercia o por pura estética.

La pregunta que quema siempre en nuestros labios es: ¿sufre hoy Jesús su pasión, muere hoy Jesús? *«La pasión del Señor»*, escribió san León Magno hace muchos siglos, *«se prolonga hasta el fin del mundo»*. Esa apreciación cambia mucho las cosas. ¿Dónde está agonizando hoy Jesús? En muchísimos lugares y situaciones de los seres humanos, con los que el Hijo de Dios se hizo solidario al encarnarse. Pero fijemos nuestra atención en una sola de ellas: la pobreza. Cristo está clavado en la cruz de los pobres. La primera cosa que deberíamos hacer, pues, al vivir la Semana Santa, es echar fuera nuestras defensas y dejarnos invadir por una sana inquietud: hacer que entren los pobres en nuestra carne.

tos que vivan los sentimientos de Cristo en su pasión y su alegría en la resurrección porque ha vencido al pecado y a la muerte.

Y posibilidades nos proporciona la Iglesia en tiempo cuaresmal; y posibilidades ofrecen las Cofradías y los templos en celebraciones de novenas, quenarios y triduos. Y, adentrados ya en los desfiles procesionales, si ha habido esa preparación personal con la Palabra de Dios, la oración, los ejercicios de piedad, la celebración del perdón de los pecados, ¡de qué manera tan distinta se pueden vivir nuestras procesiones y cómo éstas mismas pueden ayudar nuestra vivencia!

Nos invitan al Vía Crucis la Cofradía de la Exaltación de la Santa Cruz en la noche de un viernes tan cercano al Domingo de Ramos en la pasión del Señor. Con Nuestra Señora de los Dolores vamos entrando en el drama de Cristo, que por nosotros va a su pasión, por las calles de las Delicias; el rezo y la expiación comienzan. Al día siguiente, también en la noche, el ejercicio de las Cinco Llagas penetra mejor con la procesión del Santo Cristo, alumbrado por la Cofradía Penitencial de la Pasión, esta vez en el barrio antiguo de nuestra ciudad y la Rondilla. Podemos así penetrar en los sentimientos de Cristo con su cuerpo abierto en cinco llagas, cinco heridas que florecen cada año antes de batir las palmas en el domingo cercano; y penetrar igualmente en los sentimientos de tantos antepasados nuestros que vivieron esta procesión desde antiguo, en comunión de espíritu con monjas de san Quirce, del Carmelo de santa Teresa, de la Concepción, de santa Isabel y santa Catalina, que oran a Cristo herido y aman a los tristes y a los pobres de este mundo.

Celebramos la Eucaristía en la Catedral en la mañana de Ramos; antes hemos bendecido ramos y palmas entrando en el templo como si de Jerusalén se tratara. Tras la celebración, tantos niños de nuestras cofradías y parroquias acompañan a ese primor de paso que es *La entrada triunfal de Jesús en Jerusalén* por nuestras calles. Ya he visto en esa procesión no sólo a esos niños con sus hábitos, sino a otros muchos, incluso más pequeños, en brazos de sus padres moviendo sus palmas chiquitas, con sus preciosos ojos que son atraídos por el encanto del día. Jesús en la borriquilla por la plaza Mayor y por Platerías, hasta llegar a la Cruz. ¿Compartiremos con los niños hosannas que llenen no sólo el Domingo de Ramos, sino también el Viernes Santo y la Noche Pascual, para vitorear al León de Judá, Cristo Jesús,

Cruz despidió a su Hijo, ahora atado a la Columna, que camina hasta Pilarica. Bien atado a la columna, sí, pero innecesariamente atado, porque ese cuerpo doblado por las heridas del flagelo, pero sobre todo por la pena del abandono de los suyos, de nosotros, está bien dispuesto a llegar hasta el final. ¿Alguien es capaz de resistir esa mirada de dolor y de serenidad de Cristo atada a la columna? Pedro no resistió; creo que tampoco nosotros.

Subimos la intensidad en Miércoles Santo: la pasión lo va llenando casi todo y el ejercicio del Vía Crucis tiene especial relieve desde una iglesia penitencial (Jesús Nazareno) a otra (Las Angustias) haciendo estación en la Vera Cruz. Necesitamos ese encuentro con nuestra Señora, para que Ella, en las portentosas imágenes de Gregorio Fernández y Juan de Juni, nos ayude a penetrar en el dolor del que lleva la Cruz a cuestas y está en la agonía con el cántico de la Salve. En esa misma noche, la Cofradía de Jesús Resucitado y Ntra. Sra. de la Alegría nos muestra las lágrimas de san Pedro, y así nos invita al arrepentimiento por nuestras propias negaciones en el seguimiento de nuestro Maestro. Y Jesús sigue perdonando, ya que nada hay que iguale en alegría ese perdón cuando nos reconocemos pecadores y confesamos nuestros pecados. Perdón y Esperanza que se han hecho procesión una hora y media antes desde la parroquia de san Pedro, para recordarnos que ambas cosas necesita nuestra humanidad, de la que formamos parte los vallisoletanos.

Aún en este sentido penitencial podemos acompañar desde san Martín a nuestra Señora en su honda Piedad, mostrando su "Quinta Angustia". Si acaso nos cuesta volver al Señor, Ella como Madre facilita esta labor en la media noche. A esas horas la Cofradía de las Siete Palabras nos invita también a la paz y la reconciliación; la invitación es a todos, sobre todo donde se rebosa la violencia. Ante ese Cristo que perdona y calla ante las injurias, ¿cómo no ver la incoherencia de no perdonar, si nosotros también injuriamos a otros? Otro Vía Crucis nos proporciona la Cofradía del Santo Sepulcro con el Cristo que consuela. ¿Consuela Cristo? Nadie mejor que Él, aunque su tarea de consolar será irresistible en su resurrección.

Jueves Santo es ya desbordamiento. Tras la Misa Crismal, nos podemos encontrar con el Cristo de la Luz. En él podemos estudiar asignatura tan troncal como el amor fraterno y la caridad sin esperar nada

Viernes Santo es día de penitencia y sacrificio, día del Despojo de Cristo. Nada más puede ya darnos; hasta su cuerpo está abierto por nosotros; bien merece nuestra penitencia y que unamos nuestra oración y sacrificio al sacrificio y al amor concreto de Cristo Despojado. La Cruz Desnuda se hace penitencia en el asfalto en torno a la parroquia de los PP. Franciscanos y en la mañana en la que Jesús camina con la cruz en la calle de la Amargura el Vía Crucis nos prende a la devoción y la experiencia del amor de Jesús del Pobrecillo de Asís.

Anuncian la muerte de Cristo y sus últimas palabras para las doce en nuestra Plaza Mayor; todos somos convocados a meditación y a vivencia de los momentos postreros de Jesús, el condenado injustamente, pero el que da su vida; el que debería ser consolado y es el que consuela. La gran plaza se llena de gente, es un Calvario curioso e impresionante, como son las imágenes de Cristo, palabras en madera convertidas, que entran en nuestros espíritus en el drama del que dando un fuerte grito expira ante nosotros.

Somos convocados en la noche de ese viernes por todas las Cofradías a la procesión general, como si quisieran en la tarde de la muerte volver a recordarnos todos los momentos de nuestro Sumo Sacerdote, con cuyas heridas hemos sido salvados del sinsentido y de cuya sangre y agua, que salen de su costado, hemos nacido a la vida nueva, a la vida de Dios, la que merece más la pena. Derroche de belleza que ven los vallisoletanos y que viven e invitan a vivir a cuantos nos visitan. Las imágenes nos proporcionan toda una experiencia religiosa para com-padecer con Cristo, padecer con Él, algo más que un simple emotivismo. Emoción sí hay en la Salve popular en las Angustias, cantada tal vez para alentar el recorrido de la procesión de la Soledad, que poco después aparece, y tras la cual el silencio se apodera de las Cofradías, sólo quebrantado, ya en la tarde del Sábado Santo, para ofrecer a la Santísima Virgen los dolores de los hombres y mujeres de Valladolid y que Ella en abrazo con su Hijo muerto los presente al Padre de los cielos.

¿Todo acaba aquí? En el Sepulcro de Cristo Yacente no acaba la Semana Santa. La Noche Pascual proclama la resurrección de Cristo, su luz de resucitado es repartida y por nosotros recibida: ¡Oh noche dichosa! ¡Oh culpa feliz, que mereció tal Redentor! ¡Oh amor del Padre, que para rescatar a los siervos